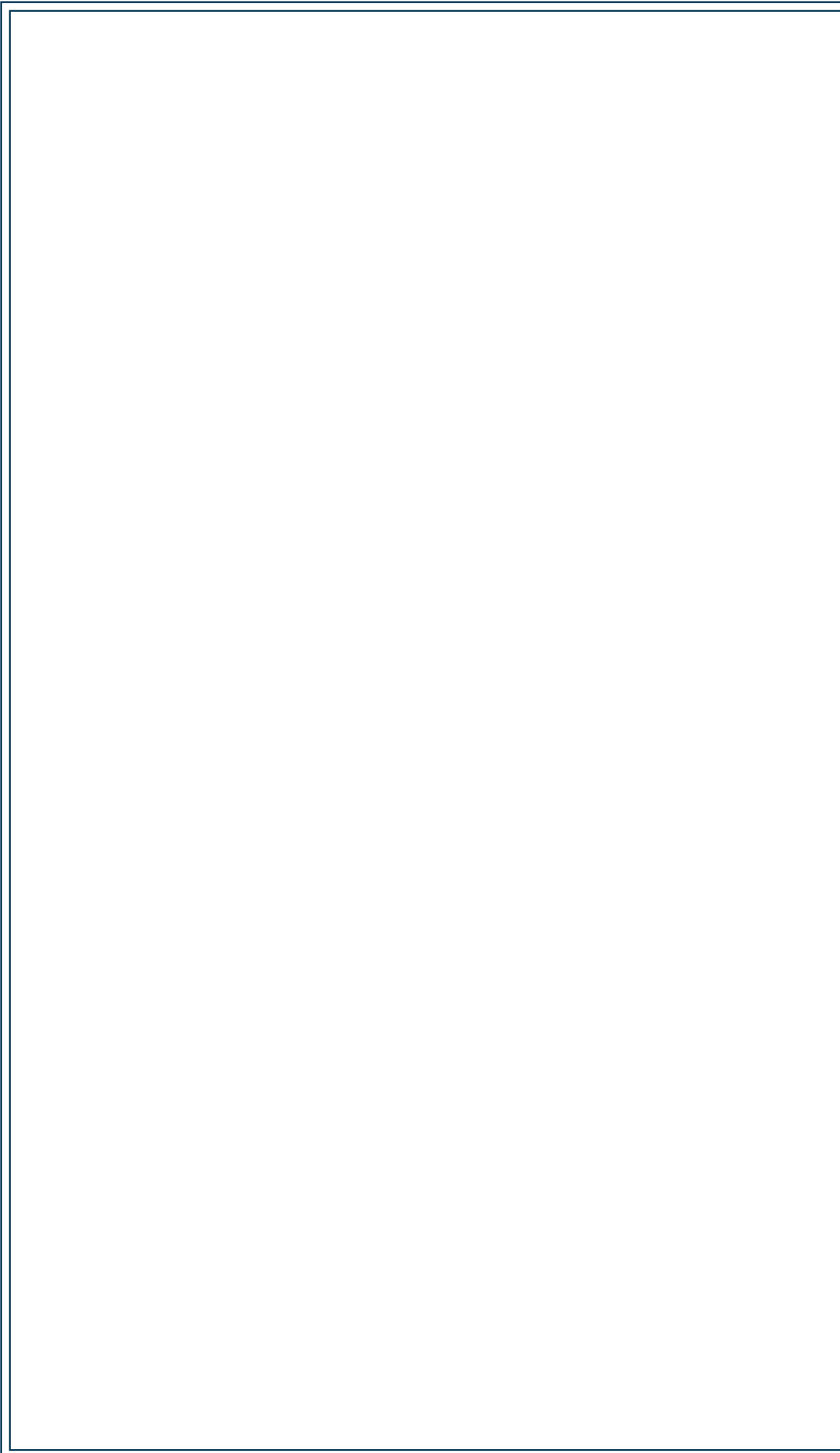




Prolegómenos biofílicos

Jorge Rafael Barojas Weber

Prolegómenos
biofílicos



Prolegómenos biofílicos

Jorge Rafael Barojas Weber



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Prolegómenos biofilicos

Primera edición 2024 (versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940,
Ciudad Universitaria, C.P. 20100
Aguascalientes, Ags., México
editorial.uaa.mx
libros.uaa.mx

Jorge Rafael Barojas Weber

ISBN 978-607-8972-07-4

Los murales y pinturas que ilustran este libro
son autoría de Daniel Alberto Barojas Blaisten

Hecho en México
Made in Mexico



A Concepción Enriqueta Calderón y Acosta,
mi esposa y estrella polar.

ÍNDICE

Prólogo	11
I. Procesos biofílicos	15
Etapas de un proceso amoroso	17
Espacio tetradimensional de la biofilia	18
Amar desinteresadamente las cosas bellas	20
Resonancias de jardinería interior	21
Un sueño premonitorio	22
Miradas risueñas	23
II. Búsquedas y aprendizajes	27
Ritmos en la vida	29
Vuelos de aves y de seres humanos	30
Mi plática con pájaros polacos	32
Vencer las dualidades siendo resiliente	33
Constructores de pirámides y catedrales	35
Reinos de la naturaleza	36
III. Manifestaciones literarias	39
El proceso de escribir	41
Lugares y momentos	43
Leer para escribir	45
Mi naufragio literario	47
Bazar Zuleima	48
Cuando el que vende compra	50
IV. Consecuencias biofílicas	53
Amor que se renueva	55
Al nacer ya empezamos a morir	56
Existencia, unicidad y convergencia	58
La muerte del abuelo	59
Las arañas y mi muerte	60
Vibraciones impresionistas	62

PRÓLOGO

La presente obra se refiere al amor *en* la vida, *por* la vida y *para* la vida. Dista mucho de ser un tratado de tan complejo tema, acerca del cual bastante se ha escrito. Como referencia conviene mencionar *El arte de amar* de Erich Fromm y *Eros y civilización* de Herbert Marcuse.

Ni trata de biosofía (la sabiduría acerca de las verdades de la vida) ni mucho menos de biología (el estudio de las características de los seres vivos). Se denomina *Prolegómenos biofílicos* por las siguientes razones.

La palabra prolegómeno significa preámbulo y en griego quiere decir anunciar con anticipación. Así, el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, en su edición de 1992, lo deriva de prólogo (discurso) y señala que es una “introducción que precede a un tratado, con los fundamentos de la materia” y que “a veces se aplica a un tratado elemental de cierta materia”.

Hace como unos treinta años se me ocurrió que el término **biofilia** era el apropiado para indicar amor a la vida, más que “apego o amistad a la vida”; pensaba en el hecho de que fuese poco conocido y utilizado. Sin embargo, mi maestro y amigo Luis Estrada me señaló los trabajos de Edward O. Wilson, quien desde 1979 ha utilizado el término en cuestión. Con la generosidad y espíritu provocativo que le caracterizaron, Estrada me regaló *Biofilia*, el libro de Wilson.¹ En su prólogo, Wilson

1 Edward O. Wilson. (1989). *Biofilia*. Breviario del Fondo de Cultura Económica No. 477, México.

define biofilia como “la tendencia innata de dirigir nuestra atención a la vida y a los procesos vitales”.

Desde mi propia perspectiva, biofilia es todo un edificio cognitivo y emocional que implica economía de recursos, organización eficiente, evolución bien comprendida, información correctamente asimilada, aprendizaje integrado, cooperación convincente, diversidad orgánica y cultural, fraternidad y realización personal, sabiduría colectiva, poesía y respeto por la vida. Estos escritos son el resultado de un ejercicio personal de sentir y comunicar la biofilia, como vivencia fraternal, reflexión creativa y participación comprometida.

Tres aclaraciones y una invitación: 1) evito toda consideración ideológica del término biofilia, mismo que identifica una rama de la moderna biología de la evolución; 2) declaro que para nada me he inspirado en la obra del filósofo alemán Immanuel Kant *Prolegómenos a la metafísica del futuro*; 3) reconozco y agradezco a mis padres, Jorge Barojas Armiño y Elisa Weber Contreras, sus enseñanzas y ejemplos relativos al arte de amar viviendo biofilicamente, y 4), invito a leer el libro en varias ocasiones, ya sea en la secuencia en que se presentan párrafos, relatos y secciones, o bien de manera arbitraria transitando entre lo que se estime apetecible.

Cuatro agradecimientos: a María Edith Segura Parra, por haber rescatado una primera versión impresa de mi documento original y entregarme una versión digital que luego he corregido varias veces; a mi hijo Daniel Alberto Barojas Blaisten, por facilitarme las reproducciones de sus murales y pinturas; a varios lectores críticos, por sus sugerencias; y al personal del departamento Editorial de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, por el interés y apoyo que han hecho posible esta publicación.

Jorge Rafael Barojas Weber

Resumen de la obra

La obra contiene relatos que pretenden motivar y desarrollar el sentimiento biofilico. Son el resultado de vivencias fraternales, reflexiones creativas y participaciones comprometidas. Consta de cuatro secciones: Procesos biofilicos, Búsquedas y aprendizajes, Manifestaciones literarias y Consecuencias biofilicas. Las ilustraciones de inicio de cada sección y la portada son reproducciones de cuadros y murales de Daniel Alberto Barojas Blaisten.



I. PROCESOS BIOFÍLICOS

Etapas de un proceso amoroso

Espacio tetradimensional de la biofilia

Amar desinteresadamente las cosas bellas

Resonancias de jardinería interior

Un sueño premonitorio

Miradas risueñas

Etapas de un proceso amoroso

Cuando una pareja joven decide unir sus vidas, generalmente siente y tiene todo por hacer: actividad profesional, vida familiar, desarrollo humano, proyección social... Con el paso del tiempo, el romanticismo y el idealismo se van a dormir, llegan las dificultades y las diferencias, pero puede cultivarse y enriquecerse en lo intensivo lo que se pierde en lo extensivo. Darle más calidad a nuestras acciones y luminosidad a nuestras reflexiones; integrarnos en lo propio, en lugar de dispersarnos en lo ajeno.

Todo goce debe superar las pausas sin las cuales son imposibles los procesos de maduración y entrega. Saber esperar significa descubrir y utilizar al máximo nuestra capacidad para compartir semillas de luz en jardines interiores. Es comprender lo que ocurre en el óctuple dominio de los sueños, las intuiciones, las percepciones, los sentimientos, los pensamientos, las acciones, los valores y las obras.

Vivir biofilicamente implica convencerse y convencer de que existimos en múltiples universos donde cohabitan presencias fraternales. Somos el resultado de atracciones benéficas que nos permiten rebasar deficiencias y desilusiones. Nuestras interacciones deben implicar desarrollo personal y bienestar social. Ya lo dijo la Madre Teresa “hay que dar hasta que duela”.

Hace como sesenta años, cuando era estudiante de ciencias, fui a platicar de física contigo. Es un misterio o un milagro que así naciera una amistad que se mantuvo viva pese a que durante bastante tiempo transitamos por caminos diferentes.

Las circunstancias de la vida me llevaron a buscarte nuevamente. Por ti me he puesto a transformar escritos previos: la materia prima de este libro. Has resultado ser el elemento de motivación e integración que me faltaba para comprender mejor el significado de la biofilia y, en la medida de lo posible, para vivir biofilicamente. Para amar la vida y vivirla enamorado.

A partir de ese nuevo encuentro brotaron acercamientos afectivos que se habían quedado latentes; resurgieron modulados por el reconocimiento de dos almas gemelas que se aprecian y ayudan para que en sus vidas el todo sea mayor que la suma de sus partes; poder decir: yo soy tú y tú eres yo.

Lo maravilloso de la vida es gozarla amando, con habilidad para entretejer esfuerzos y disminuir fricciones. Al vernos y reconocernos, encontramos similitudes, recordamos quiénes éramos y qué buscábamos. Decidimos proseguir esa búsqueda conjuntamente. Ahora, como esposos, compartimos el júbilo de amar y ser amados.

Espacio tetradimensional de la biofilia

En todo viaje existencial, la biofilia es una brújula que orienta y guía. La geografía del alma trasciende los mapas espacio-temporales donde pretendemos registrar sus accidentes topográficos. El amor por la vida es el motor de su historia.

Biofilicamente vivimos en un espacio de cuatro dimensiones: tres dimensiones para el amor y otra dedicada a la muerte. Los tres rostros de Eros son sus manifestaciones físicas, intelectuales y espirituales. La dimensión de Tánatos señala el proceso temporal que empieza al nacer y termina al morir. La vida es tetra-ero-tanatológica.

Nos ubicamos en el espacio existencial de la tetra-ero-tanatología que señala cuatro orientaciones: el Norte en relación con el cariño

y cuidado hacia a los seres humanos y a los animales, en especial a los perros; el Sur respecto de la necesidad de hacer todo el bien posible, aunque a veces queremos abarcar demasiado; el Este para tratar de comprender mejor el sentido de la vida con criterios realistas salpicados de entusiasmo, y el Oeste para integrar oportunidades y respetar decisiones.

Para transitar en ese espacio tetradimensional conviene combinar rebeldía y sentido del humor, actuar con sinceridad y honestidad. La vida es hija del amanecer en diálogo con la muerte, hija de la noche.

Cuando una hormiga se pasea sobre una naranja, no va más allá de su superficie, pero puede dar todas las vueltas que quiera. Nosotros transitamos sobre la superficie de esa naranja llamada Tierra durante un tiempo que es finito; nadie lo ha podido contar de manera anticipada, pero tiene límites. Algún día las hormigas se cansan de dar vueltas y nosotros dormimos sin despertar.

En este libro te presento experiencias reales o las que ha generado mi imaginación. Son planteamientos donde quiero aplicar tanto la táctica del corto plazo para resolver lo urgente e inmediato, como la estrategia del largo plazo para alcanzar lo trascendente y significativo. Como si fuera un aprendiz de brujo, tomo la escoba y barro entre mis escombros para promover la comunicación biofilica y biofilizante. Tengo la seguridad de que sabrás entender sus dimensiones humanas y afectivas.

Después de recorrer la mitad de un siglo en la dirección de la cuna a la madurez, nuestro segundo medio siglo nos aproxima a la tumba. Necesitamos aprender a gozar tanto las emociones fugaces como las vivencias profundas. Queremos apreciar sin excesos ni remordimientos, dar con sabiduría y recibir con gratitud. Compartir un proceso de identificación personal con la luz interior, aquella que nos permite acercarnos a la plenitud en lugar de precipitarnos hacia la decadencia.

Transcribo a continuación lo que te anotara en una tarjeta que guardaste:

“Hoy tu libro fue como una perla en el abismo: tu mirada, tu sonrisa, tan hermanas, tan amigas, como gotas de rocío en un amanecer sin sombras. Entre brumas llegó a mi espíritu solitario un rayo de sol, un poco de luz, algo así como el calor”.

Amar desinteresadamente las cosas bellas

Cuando el matemático Guillermo Torres nos demostraba en clase un hermoso teorema nos preguntaba si lo sentíamos, no si lo habíamos comprendido. Por su parte, dicen que Igor Stravinsky opinaba que él nunca había entendido una melodía, sino que la había sentido. El rigor y la elegancia no necesariamente son ajenos a la cálida emoción de la belleza, se trate de un razonamiento matemático o de una composición musical.

No quiere decir que cuando sumamos los cuadrados de los catetos el resultado sea igualmente bello que el cuadrado de la hipotenusa. La belleza no está en las ecuaciones ni necesariamente en su representación gráfica o simbólica. Tal vez se deba a que esa propiedad enunciada por Pitágoras puede convertir todo triángulo rectángulo en un objeto catalizador de verdades matemáticas de cuya comprensión se desprenden satisfacciones estéticas. Para disfrutarlas se requiere construir y aplicar pensamientos matemáticos capaces de establecer relaciones, encontrar regularidades y servir de idioma para obtener soluciones.

Las repercusiones morales de nuestras acciones también tienen componentes estéticas; por ello se habla de la belleza del alma. Hay enunciados morales que, en principio, deberían ser universales; por ejemplo “ama y respeta toda forma de vida”. Las maneras de interpretarlo y de llevarlo a la práctica no sólo pueden ser diferentes sino hasta contradictorias.

En toda guerra intervienen cuando menos dos contrincantes, cada uno convencido de tener la razón. Inclusive llegan a rezarle al mismo dios para que los salve y ayude a matar a sus enemigos. ¿Cómo conciliar el mandamiento de “no matarás” con el de “amarás a tu prójimo como a ti mismo?”.

El significado en latín de interés es “estar entre” y se refiere a lo que tiene valor en sí y produce ganancia o beneficio; lo que es parte de una necesidad o conveniencia. Si tu amor fuese interesado, debería llamarse compromiso. Impediría que se cumpliera el ideal de “que en todo ser humano exista compasión, ternura y esperanza”.

Desde el punto de vista de mis finanzas amorosas, tú incrementas mis intereses y cuidas mi capital; multiplicas mi fe en la vida y mantienes baja la inflación en mis aprendizajes. Enriqueces nuestro presente sin anquilosarnos en el pasado ni hipotecar el futuro.

La meta no consiste en acumular capital sino en subir más alto. Así lo tenía escrito cierto joven en la puerta del cuarto donde estudiaba: “Sube siempre más alto, hasta que ya no puedas avanzar más”. El nombre de ese estudiante era Albert Schweitzer y entre otras actividades, se desempeñó como teólogo, filósofo, organista, médico, misionero y filántropo; conjugó esas seis artes curativas en una sola existencia. En 1952 recibió el Premio Nobel de la Paz.

Todavía conservo el disco que me regalaste. Se llama Recital Bach y es interpretado al órgano por el propio Albert Schweitzer. En la cubierta del disco escribiste la siguiente dedicatoria: “Para el hermano, con todo mi cariño y como un recuerdo, para que nunca deje de amar las cosas bellas”.

Resonancias de jardinería interior

La jardinería interior funciona cuando nos damos tiempo y cariño a nosotros mismos y lo compartimos. Atender nuestro jardín interior, como cualquier pedazo de tierra, requiere de respeto por la vida en todas sus manifestaciones. Somos nuestros sentimientos, pensamientos y acciones; la tierra donde crecen es la biofilia.

Estamos hechos de la misma tierra que trabajamos en los jardines. Jugamos con barro, como el diosero en el cuento del mismo nombre, donde un alfarero inventaba figuras de dioses para que dejara de llover. Esto ocurría cuando el diosero creaba al dios bueno. Nosotros tam-

bién producimos figuritas de barro que el tiempo convierte en guijarros cuando la muerte hace que pare la tormenta. Somos polvo de estrellas.

Las almas bellas insisten con prudencia y persistencia en captar y producir resonancias, las cuales se reconocen por cambios en el conocimiento, la voluntad y la acción. Así tratamos de desarrollar esquemas coherentes y efectivos de organización y comprensión. En ausencia de las resonancias se secan los jardines interiores

Cuando se dan las resonancias, las miradas iluminan rostros y trayectos. Son momentos en que nos nutrimos de un pan amasado con voluntad de vivir, hecho a base de compasión y alegría desparramada. Debemos aprender a amasar y hornear, a saborear y compartir el dulce pan del amor biofilico.

Captar y compartir resonancias da calidad a nuestras vidas y trasciende la cantidad que demandan competencias y excelencias. Avanzar en nuestras rutas interiores implica tener control sobre esas resonancias y esforzarnos por llegar a ser maestros de nosotros mismos.

Si nuestras tareas de jardineros se circunscriben a lo inmediato y se nutren con amargura e ineficiencia de lo que ya pasó o de lo que está por llegar, tendremos una vida enfermiza y estéril. Habremos sido incapaces de hacer de nuestras vidas obras de arte compartidas con sabiduría y virtuosismo.

La jardinería interior no se limita a nuestra propia persona, tiene que ver con nuestra casa en el sentido más amplio. Si cultivamos nuestro jardín interior, encontraremos bienestar y la lucha por la existencia tendrá razón de ser. Haremos caso a Rabindranath Tagore, quien nos dice: “Yo quiero ser jardinero de tu jardín”. Seguramente pensaba en jardines sembrados con las buenas acciones que nutren el alma.

Un sueño premonitorio

En un sueño me visitabas sonriendo con rosas de varios colores. Se marchitarán esas flores, pero brotarán otras nuevas y la vida seguirá dando flores. En eso pensaba cuando te pregunté, ¿qué es lo real y qué lo imaginario? Tu respuesta fue la siguiente:

Para qué angustiarte con posibles respuestas que propiciarán tribulaciones banales. Piensa que la comunión luminosa de las flores con el viento habrá de transmitirte una serenidad a prueba de tormentas. Cuando lo entiendas te harás otras preguntas.

Tendrás que aprender a esperar y atraer hacia ti la sonrisa interior que anida en el alma de las cosas bellas. Comprenderás que el tiempo ya no se detiene, sino que abraza y reconcilia, porque el silencio dilata esos espacios donde se recuestan las estrellas.

Ama todo lo que hace posible la vida. Ama también a quienes no puedas comprender; tal vez tu entrega resultó inadecuada o insuficiente. Ama y perdona, ya la vida te mostrará nuevos caminos y aprenderás de tus errores.

Si por falta de visión o por simple limitación humana, no supiste compartir a tiempo, ni en cantidad ni en calidad apropiadas, lo que necesitaban quienes estaban cerca de ti, sé severo contigo mismo y condescendiente para con los demás, no al revés.

La mayor alegría consiste en hacer bien las cosas y dedicarse a ellas con entusiasmo y convicción. La claridad en tus intenciones te dará nobleza y seguridad. Amar es explorar, construir y compartir.

Al despedirte en ese sueño me indicaste que regresarías para verificar si había entendido bien el mensaje. Viví con intensidad y duración esos momentos. Ya no me siento trapeador del universo. Aprenderé a sumar días vividos como tu socio en nuestra empresa de liberación interior.

¿Y si la vida es un sueño, no será que la muerte sea el despertar de ese sueño?

Miradas risueñas

Los niños alegres sonríen con la mirada e inducen amaneceres radiantes. Son momentos para pasar del esbozo a la perspectiva, sin romper la magia de los encuentros ni quebrar la transparencia de los misterios. Son estrellas que dialogan mientras el tiempo se escurre unas cuantas eternidades.

Captar sonrisas que cobijen el alma es tan necesario como el oxígeno que requieren para arder los combustibles. Si nos falta generosidad y confianza es como si se nos agotara el aire y nos provocara asfixia, por eso expresamos con ira y con reproches deseos insatisfechos y esperanzas incumplidas. Olvidamos que hemos venido a gozar y a compartir el gozo con todo ser viviente.

Para darle sentido y dirección a esa tarea interminable de “hacer camino al andar”, hay que aprender y crecer, sin doblegarnos ante el enojo o la desesperación. Dicen que la escalera para subir al cielo sólo contiene los escalones que se construyeron con acciones nobles y buenas. En esas condiciones podremos cambiarle el rostro a lo desconocido y descifrar los mensajes por medio de los cuales nos comunicamos más allá de los espejos.

Nuestro camino en la vida es un recorrido por una cinta de Moebius donde de un lado domina Eros, la pulsión de vida, y del otro Tánatos, la pulsión de muerte. Para movernos en esa cinta necesitamos capacidad y constancia, siguiendo la consigna de Tirito, el chofer de un camión que llevaba agua a los soldados en el frente de batalla, según la novela *Hijo de hombre* de Augusto Roa Bastos. Cada defensa del camión de Tirito tenía su letrero: al frente decía “nada me atora” y atrás indicaba “nada me apura”.

Una noche miraba la luna brillante en el cielo mientras tú palpitabas en mí. Sentí paz y serenidad. Nuestras trayectorias pasadas contienen vivencias que no han sido ni simultáneas ni sincronizadas. Nuestra presente conjunción, ajena a la estridencia y la especulación, sin promesas ni condiciones, es propiciadora de acercamientos y coincidencias.

Quiero invitarte a que abras este libro con una sonrisa y lo leas con la imaginación encendida. Deja a un lado la lupa del racionalismo y no insistas en verlo de manera puntual, sin dudas ni ambigüedades. No pretendas entenderlo literalmente; saborea su lectura varias veces. No esperes la llegada inmediata de paquetes cognitivos que repentinamente te aporten la comprensión necesaria. Ésta se destila lentamente.

Las líneas escritas pretenden ser paralelas que se esfuman sin tocarse al final de los renglones, conducen símbolos portadores de cosmovisiones. Aunque aparezcan disonancias, captura su armonía sin prisas y sin pausas.

Me has dicho: “Te amo y te amaré mientras viva”. Si lo cuidamos, ese amor crecerá día con día. Ayúdame a identificar y compartir las miradas sonrientes que nos cubren y animan. Que mis palabras ayuden a percibir esas sonrisas y sean canales para disfrutarlas emocionados.



II. BÚSQUEDAS Y APRENDIZAJES

Ritmos en la vida

Vuelos de aves y de seres humanos

Mi plática con pájaros polacos

Vencer las dualidades siendo resiliente

Constructores de pirámides y catedrales

Reinos de la naturaleza

Ritmos en la vida

Ritmo significa movimiento medido, duración precisa y proporción balanceada. Todo fluye con mayor facilidad cuando tiene ritmo. Consiste en cultivar sintonías en lugar de provocar disonancias, superar tendencias y tensiones, mantener nuestro ritmo y respetar el ajeno.

Interpretamos un concierto que dura mientras respiramos. Debemos afinar nuestros instrumentos para que estén a tono y produzcan músicas que agradan y emocionan, no ruidos que duelen y molestan. Tendremos que reparar desperfectos para garantizar la fluida circulación de los sonidos y los silencios.

Si respiramos mal nos tragamos el aire en lugar de saborearlo. Respiración inadecuada es enfermedad a corto plazo y falta de respiración es muerte inmediata. Si respiramos con ritmo interpretamos una música interior transmisora de fraternidad y apoyo mutuo.

Cuando las circunstancias externas están fuera de nuestro control, podemos responder con exabruptos o con melodías integradoras. Escoger entre vegetar o vivir creativa y productivamente para transitar del aprecio a la simpatía. Ser maestros del mundo interior y no esclavos del mundo exterior.

Sintonizamos con el universo cuando nuestro propio ritmo está en armonía con lo que nos rodea. Si amamos la vida y lo que en ella existe es porque hemos

desarrollado dos habilidades: la primera, para aprender a usar el instrumento con el cual producimos nuestra música interior; y la segunda, para saber escuchar distintas obras musicales.

Tenemos el privilegio y la responsabilidad de ser nuestros propios compositores e intérpretes, con energía para decidir y potencia para actuar. Quien controla las fuerzas controla el movimiento y quien lo hace con ritmo manifiesta entendimiento y comprensión. Resolvamos controversias y contradicciones: vivamos biofilicamente con ritmos hermanados.

Cuando llueve en nuestras almas se escurren los tiempos idos. Cansadas de esperar, se dejan lavar para olvidar descuidos y rejuvenecer poco a poco. Al caer del cielo y juntarse en el suelo, el agua, como el tiempo, fluye hasta empaparnos de amor biofilico. Es un medio y también un fin. Todo a su tiempo y con su ritmo.

Vuelos de aves y de seres humanos

Ayuda a vivir biofilicamente quien entiende y admira el vuelo de las aves. Para ello necesitamos conocer algo de ornitología, el estudio de las aves. Ésta es una especie de cristalografía de animales con picos y alas, para clasificar y definir familias con género y especie. Como resultado de observaciones y pruebas, se entienden las características de los animales que vuelan, así como de las condiciones aerodinámicas que lo posibilitan. Esto corresponde al nivel de la comprensión racional gobernada por la mente.

Si nos interesa un nivel de comprensión emocional, consideremos a los pájaros libres en su elemento, dejemos de preocuparnos por sus nombres y propiedades y compartamos emocionados sus trinos y plumajes. Para avanzar en el contexto de la comprensión emocional conviene contestar dos preguntas: ¿cuántas dimensiones necesitamos para representar el vuelo de un pájaro cuando soñamos? Y, ¿durante cuánto tiempo suele volar un pájaro desde que nace hasta que muere?

Para contestar las preguntas anteriores relativas a la ornitología existencial deberemos comprender la estructura del espacio-tiempo

pajaril y relacionarla con los escenarios donde vuelan los seres humanos. Podemos decir que caminamos en un espacio unidimensional, nadamos en uno bidimensional y volamos en uno tridimensional. Sin embargo, los sueños ocurren en escenarios multidimensionales de geometrías difíciles de comprender y más aún de explicar y aplicar. Por lo tanto, para alcanzar la comprensión emocional será más prudente abstenerse de contestar a la primera pregunta.

En cuanto a la segunda pregunta, las respuestas son múltiples y en buena medida intrascendentes. En la escala de los procesos cósmicos, el vuelo de un pájaro que pasa de una rama a otra dura un tiempo comparable al intervalo que tardamos en volar de la cuna a la tumba. Nuestro breve vuelo existencial dura hasta que cambiamos de árbol y nos vamos a piar por otros rumbos. Cuando el cuerpo deja de funcionar, nuestro vuelo ha terminado.

Si cultivamos emociones desagradables o pensamientos destructivos, hacemos más difícil o hasta imposible, aprender a volar con mente, alma y corazón. Habremos desechado las enseñanzas que nos brinda el conocimiento emocional acerca del vuelo de los pájaros.

En esos días en que amanecemos empapados de tristezas y preocupaciones, conviene pensar en el vuelo de los pájaros y abrir la ventana para sentir con los rayos del sol todo lo que nos rodea, aunque también coexistan desechos y limitaciones.

Habrá que tomar cursos en esa institución educativa donde la vida enseña a los pájaros, la Academia Aeroespacial de las Aves (la Triple A). Ahí aprenden conocimientos y desarrollan habilidades respecto de tres procesos vitales: construir nidos, encontrar a su pareja para luego criar a los polluelos y, enseñarles a volar, alimentarse y protegerse. Siguiendo la costumbre ancestral, su trivium comprende ciencia, tecnología y humanidades; su cuadrivium contiene arte, filosofía, poesía y ecología.

Si todo lo que vuela es ave, no toda ave es pájaro. Como en la humanidad, y a lo largo del tiempo, han existido, existen y existirán aves de rapiña, voraces y carroñeras. Para evitar ser presas de picos y garras, debemos cuidarnos y protegernos a nosotros mismos.

¿Será la muerte el fin de un vuelo y el principio de otro?

Mi plática con pájaros polacos

Me ocurrió en Varsovia, al día siguiente de terminar un congreso de enseñanza de la física. Aquella mañana fui de paseo por el centro de la ciudad, caminé por sus calles y observé a la gente. Recorrí lugares que imaginaba habían sido frecuentados por quien había sido rector de la universidad: la biblioteca, el edificio principal, el auditorio y los jardines. Pensé algo bueno para él y para su pueblo. Después, como estaba cansado, me senté en una banca con sombra y me quedé dormido, perdiendo todo registro del tiempo.

Desperté sintiéndome bien y un poco hambriento. Comí algo en un carrito a media calle, me interné en un parque y di una vuelta alrededor de un pequeño lago con patos y cisnes, pero sin gente.

A lo largo de varios senderos veía y escuchaba a los pájaros, sintiéndome en resonancia con ellos. Respondí a sus cantos con silbidos y empecé a tener respuestas. Me senté en un banco medio escondido en un recodo y continué silbando sin moverme. Repentinamente, me vi rodeado de pájaros; mis hermanos polacos llenaban el piso, el banco y los árboles vecinos. Gocé de esa hermosa experiencia, ellos piando hambrientos y yo silbando muy quedito.

Aquella comunicación pajaril me sigue ayudando a entender la vida como un proceso de transformación donde hay oportunidades de participación creativa para promover la comprensión emocional. Desarrollar la polifacética capacidad de hablar, escuchar y dialogar.

Sin embargo, hay gente que practica el tiro al blanco con las aves, las tienen disecadas o las mantienen encerradas en jaulas. Eso que hacemos con los animales también lo hacemos con los humanos.

Envejecemos mientras existimos, pero deseamos renacer. Debemos aprender a crear afinidades y correspondencias, construir las estructuras que nos capaciten para vivir convencidos de que “el hombre es el arquitecto de su destino”.

Destino que toma forma luchando en las redes en que nos atrapan los ocho flagelos de la humanidad: la ignorancia, el error, la estupidez, la adversidad, el dolor, la enfermedad, la vejez y la muerte. Por eso dijo José Ortega y Gasset “yo soy yo y mis circunstancias”.

Los pájaros son arquitectos de sus nidos y sus destinos en la medida en que sus aprendizajes son significativos respecto de cuatro funciones vitales: conocer, ser, hacer y convivir. Conocer para desarrollar su potencial volador, ser para satisfacer sus necesidades biofilicas, hacer para enfrentarse a desafíos inciertos e inesperados, y convivir (vivir juntos) para ser miembros activos de su comunidad.

En el mar de la existencia somos gotas de un fluido luminoso que nos protege del fanatismo y propicia conocimientos generadores de cuestionamientos y entendimientos. Eso me dijeron los pájaros polacos.

Vencer las dualidades siendo resiliente

Los resultados de nuestras búsquedas se concretan en aprendizajes cuando vivimos convencidos de que hay mucho que nos une, pese a estar anclados en un universo de gran complejidad, caracterizado por la globalidad y la interdependencia. Aprendemos cuando abrimos los ojos a otras realidades.

Una posible clave para aprender y vivir creativamente es vencer las dualidades y aplicar la resiliencia, lo cual implica levantarnos y seguir siempre en la lucha. Vencemos dualidades siendo resilientes (resistentes), cuando nos enfrentamos a desafíos y salimos fortalecidos de ese combate contra dificultades, problemas o conflictos.

Albert Einstein dijo “*La dualidad me ofende*” y conceptualmente unió espacio y tiempo en una cuarta dimensión donde ninguna de estas cantidades físicas tiene un significado absoluto. Para establecer su teoría de la relatividad especial postuló un absoluto: la velocidad de la luz en el vacío es una constante universal.

Generalmente las dualidades se tornan aparentes y se resuelven o disuelven, cuando se reinterpretan a la luz de una teoría más amplia y profunda, heredera de teorías previas donde subsistían ciertas dualidades. Reinterpretar dualidades implica unir los elementos en discordia dentro de una verdad más amplia, la cual tampoco será absoluta y algún día habrá de ser reinterpretada.

Sabemos desde Copérnico que la Tierra no es el centro respecto del cual gira todo el universo, pues nuestro planeta se desplaza alrededor del Sol. A su vez, este astro también se mueve y con otras muchas estrellas forma parte de complicadas estructuras dinámicas. La reinterpretación de la posición del ser humano en el cosmos permitió superar la dualidad Tierra-Universo.

La manera como conceptualizamos lo que pasa en el dominio de los fenómenos físicos no necesariamente debe aplicarse en el dominio de los fenómenos emocionales, espirituales o sociales. Sin embargo, conviene captar el significado de la revolución einsteiniana y llevarla a sus consecuencias en lo humano y afectivo. Preguntarnos: ¿son también relativos los términos de soledad, rencor, crueldad e ignorancia? ¿existen planteamientos filosóficos, religiosos o morales en los que las propuestas absolutistas dejan de tener vigencia autoritaria y limitante?

Interaccionamos constantemente en múltiples universos que son complejos en su estructura y complicados en su funcionamiento. Nuestra forma de explicar esas interacciones refleja nuestro grado de crecimiento y nivel de conocimiento. Siendo resilientes, en esos contextos resolveremos de mejor manera nuestras dualidades existenciales; a pesar de los mandatos divinos ya no tendremos que ubicarnos antropocéntricamente como figuras centrales responsables de tales interacciones.

Al margen de nuestra capacidad para señalar trayectos y de nuestra pretensión por definir metas, hacemos malabares para resolver dualidades, las propias y las ajenas. Siendo resilientes, tratamos de reinterpretar dualidades acercándonos a lo extraordinario a partir de lo familiar y lo cotidiano. Pretendemos cultivar la magia de la evocación y del ensueño para relacionar hechos con conceptos y fenómenos con resultados, pero irremediabilmente oscilamos entre inventarios de emociones desparramadas.

Resolver dualidades puede significar interpretar personas o procesos en circunstancias donde las causas preceden a los efectos. Sin embargo, puede ocurrir que en un universo dual los efectos se manifiesten primero y luego se encuentren las causas que los producen. Para sentir y entender tales circunstancias podremos utilizar el cuchillo de la crítica que abre y expone o refugiarnos en la poesía que abriga y alimenta.

Cuentan que un niño se cayó de su bicicleta y le preguntó a su padre quien le acompañaba: “¿Papá, por qué nos caemos?” y el padre le contestó: “Para levantarnos, hijo”. No le explicó acerca de las relaciones de causalidad entre la fuerza de gravedad, la fricción y la inercia, sino que le dio una respuesta en la dimensión del afecto y de la voluntad; es decir, de la resiliencia.

Constructores de pirámides y catedrales

Personalizamos aquello que tocamos con las manos y con la imaginación. Admiramos a quienes han sido constructores de pirámides y catedrales. Ellos aprendieron a diseñar y construir espacios, manejando con maestría el equilibrio en las formas y la proporción en las estructuras. Aportaron al crecimiento individual y al poder organizador del conocimiento colectivo.

Para crear, esos constructores tuvieron que decidir y realizar. Los arquitectos del alma proceden de la misma manera; empiezan con la atracción, pasan por la simpatía y conducen a la compasión. A esas construcciones no las erosionan ni el viento ni el tiempo. Las vidas y las obras de esos arquitectos dan sentido a la expresión de que “la vida es una catedral construida con amor”.

Con frecuencia es la interpretación de los sucesos, no los sucesos mismos, lo que nos angustia y mata. Podemos escoger una existencia dedicada a destrozarse y corregirse, o una paciente tarea constructiva para crecer y compartir. ¿Qué deseamos: calidad de acciones o cantidad de resultados? ¿Es posible vivir sin excitación excesiva, esfuerzo vano, ni condicionamiento esclavizador?

Según Platón, los genuinos filósofos, los amantes de la sabiduría, son aquellos “para quienes la verdad es el espectáculo del cual se enamoran”. Que tu vida sea el espectáculo donde participas en la creación de jardines para los enamorados.

Alcanzaremos maestría en el arte de vivir y morir biofilicamente cuando dejemos de combatir contra sucesos y contenidos, sino cuando aprendamos a interpretar sabiamente sus manifestaciones. Por lo mismo, quiero expresarte mi anhelo de propiciar aprendizajes como lo hicieron los constructores de pirámides y catedrales.

Reinos de la naturaleza

Vivir con pasión y entrega requiere comprender cuatro circunstancias: el crecimiento de cristales en el reino mineral, el cultivo de las flores en el reino vegetal, el respeto a las aves en el reino animal y la creación de canciones en el reino humano.

Los cristales son flores en reposo y las flores son cristales en transformación. Reposo y transformación reflejan el latir del universo terrenal. Las aves son canciones hechas trayectoria y las canciones son aves transformadas en melodía. Trayectorias y melodías son el alma del universo celestial.

Los cristales de nuestras acciones bondadosas se caracterizan por la fuerza de atracción universal de la simpatía (sufrir con); esa actitud afectiva que consiste en compartir con alguien su dolor. Es una disposición para acompañar y aliviar que da coherencia y simetría a esos cristales. Si las estructuras cristalinas crecen en un ambiente de tranquilidad, sin turbulencias emocionales, conducen bien el amor humano. Sin embargo, con el uso y el descuido, en cualquier cristal pueden producirse fisuras y rompimientos; para rescatar su dignidad hay que pulirlos. En la cristalografía humana no hay acciones malas, sólo impurezas, casi siempre producidas por la ignorancia o por el miedo.

Las flores de nuestros pensamientos representan procesos de cambio: la savia que los nutre se convierte en destellos de colores. Los pensamientos son efimeros, se marchitan pronto, pero trascienden su existencia finita en aquello que provocan. Por eso no hay verdades eternas ni principios absolutos. Filósofos, místicos y poetas dedican sus vidas a tejer guirnaldas de flores cognitivas.

Las aves de nuestras emociones vuelan entre los árboles de un bosque donde nos sentimos hermanados por las mismas radiaciones: luz, calor y alegría. Las trayectorias de los vuelos de esas aves del alma se desvanecen en el aire. Así de pasajeras son nuestras vivencias. Después de que las ramas tiemblan sólo queda el murmullo del viento.

Las canciones de nuestros sueños representan aventuras ya vividas o por experimentar. Se entremezclan en el subconsciente, son ráfagas que impregnan el ambiente con los aromas del tiempo. Nuestros sueños resumen la historia y bosquejan la prospectiva porque involucran habitantes de los cuatro reinos considerados previamente: el mineral, el vegetal, el animal y el humano.

Para explorar en esa minitabla periódica de los elementos constituidos por familias de cristales, flores, aves y canciones, es prudente recurrir a las metáforas más que a las definiciones. Al soñar provocamos visiones y vivencias, mientras la magia y lo inesperado saltan por las ventanas. Ya lo dijo Calderón de la Barca: “que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son”.

Con frecuencia nos motiva el logro de beneficios pasajeros y permanecemos atrapados por tres formas de esclavitud: frustración por los fracasos pasados, ansiedad por las necesidades actuales y miedo de los posibles retos futuros. Pese a todo esto, nuestra tarea es proteger y embellecer la vida.

La vida es un continuo proceso de aprendizaje. Niños y adolescentes, durante la primera edad, tienen todo por aprender y un camino por andar. Hombres y mujeres adultos, la segunda edad, tienen que seguir aprendiendo para contribuir al beneficio propio y de los demás.

Quienes pertenecemos a la llamada tercera edad llevamos recorrido un buen trecho y, siendo realistas, a veces pensamos que ya no tenemos ni la oportunidad ni las ganas de aprender. Síntoma claro de haber envejecido demasiado pronto. Cuando llega la ancianidad, el cuerpo duele con más frecuencia, se olvidan cosas, el tiempo es más lento y añoramos el pasado.

Tratemos de ir más allá de la mera subsistencia. Aunque nuestros aprendizajes nunca habrán de terminar, necesitamos entender las enseñanzas que nos brindan cristales, flores, aves y canciones.



III. MANIFESTACIONES LITERARIAS

El proceso de escribir

Lugares y momentos

Leer para escribir

Mi naufragio literario

Bazar Zuleima

Cuando el que vende compra

El proceso de escribir

La práctica del oficio de herrero literario requiere pasarse horas ante la fragua y el yunque para hacer que los textos tomen forma a golpes de redacción. Ese magma de palabras necesita tratamiento térmico a fuego lento y después dejarse reposar. Si te precipitas te quemas.

Escribir es un quehacer solitario, mas no un placer solitario. Aunque se destile en la soledad es un acto social para unir en presente de indicativo el nos con el otros. Escribir es emprender un vuelo sin mapa, pero con brújula. Tenemos una idea de por dónde andamos y a dónde queremos llegar, pero la ruta es desconocida al empezar. Hacemos camino al escribir.

El escenario de esa batalla campal entre los rudos del diccionario y los técnicos de la gramática es la pequeña pantalla de mi piano literario, la computadora. El género contiene nocturnos, valsos y sonatas, aunque toda obra interpretada en el procesador de palabras empieza por ser tocata. Hay que pelearse con los comandos, darle queso al ratón y tener cuidado con los archivos, pues se pierden cuando no los salvas.

Escribir es abrir una caja de Pandora de la cual brotan letras y símbolos que nos obligan a pararnos para respirar y a veces para sudar o suspirar. Son respuestas de la imaginación a la concreta realidad estimulante. Hoy en día para teclear en la computadora,

la mano diestra ya no tiene que pelearse con su hermana la siniestra para meter y sacar las hojas de papel, tomar la goma de borrar, las tijeras o el tubito con el pegamento. Además, como siempre, hay que sentir y pensar, centrarse en uno mismo e ir más allá de la descripción y de la reflexión.

Cuando corrijo mis textos le entro al consabido rejuego aventurero de la inspiración y la transpiración, mientras recorro el plano complejo, entre lo real y lo imaginario. Son entregas que perturban el paisaje y me dejan cual bagazo de caña masticada y eso que me preocupan más las vivencias que los resultados. Mientras, siguiendo a Debussy, la catedral sumergida hace burbujas porque la fuerza de las aguas subterráneas desmorona las paredes de la memoria.

Cuando escribo, frecuentemente necesito ajustar presiones y entrar a una cámara isobárica donde puedo perder el sentido de la ruta, pero no el sentido de la vida. Es la señal de haber llegado al lugar donde los senderos se fragmentan y las esperanzas se renuevan. Es tiempo de revolver la tierra.

Quiero contarte acerca de dos desafíos a los que me he enfrentado al escribir.

Al término de la escuela primaria empecé a sentir sed de expresarme por escrito. Mi padre me aconsejó guardar todo lo que escribiera. Le hice caso y se lo agradezco; lo malo es tanta basura acumulada. Me dediqué a rascar poesía y amalgamar búsqueda interior. La tarea se convirtió en un ejercicio propio de un clavecín bien temperado, sin ser obra del gran Juan Sebastián. Traté de desgranar ideales y jugar a los abalorios. Como en aquel libro de Hesse que me prestaras para leer mientras calculábamos integrales o nos peleábamos con la convergencia de los polinomios

Durante los primeros años de trabajo profesional se me presentó el primer desafío: dedicarme a la educación, a la investigación o a la divulgación. Acepté con agrado la necesidad de escribir para desarrollar esas tareas. A pesar de mis esfuerzos mi sed de escribir se acrecentaba.

Andando el tiempo, tuve que enfrentarme al segundo desafío para concentrarme en educación. Dejé de preocuparme por publicar artículos científicos y por participar en reuniones para discutir ecuaciones, gráficas, valores numéricos y cosas por el estilo. Traté de vivir para escribir, aunque fuese a ratos y de manera desordenada. Invertí el orden de las categorías que me interesaron cuando decidí estudiar física: ideas, cosas y personas. Me dediqué a promover y apoyar aprendizajes, sin que ello haya calmado mi sed de escribir.

Mi tercer desafío consiste en atreverme a publicar estos Prolegómenos biofílicos.

Lugares y momentos

Para escribir buscaré una choza solitaria cuando el Sol le pida a la Luna nos cobije con su luz reflejada. Será un refugio para guarecernos de los vendavales de la vida, pero quien pretenda entrar necesitará las llaves de la ternura. Ahí habrá agua para el sediento, abrigo si hace frío y un cálido rincón para soñar.

Los desequilibrios producidos al escribir se deben a que varios de mis proyectos brotan juntos, aunque habrán de madurar en momentos diferentes. Hago dormir a esos hermanos literarios en cuartos separados, pero entiendo que seguirán peleándose mientras crezcan. Finalmente, sin que pueda predecir cómo ni cuándo, durante mil y una noches pulo mis escritos. Para nada trato de cumplir con la Real Academia Española que “limpia, fija y da esplendor”.

Al escribir paso de la búsqueda a la inspiración y de ésta a la construcción y a la transformación. Navego entre causas y propósitos con el fin de integrar saber, querer y poder. Sin embargo, cuando menos lo espero, aparecen dos insuficiencias: las insuficiencias cardíacas debido a las arritmias, y las insuficiencias creativas porque los textos resultan insuficientes. Lo difícil cuesta tiempo y lo imposible tarda un poco más en llegar.

Todo escrito tiene profundas raíces autobiográficas, se deriva de experiencias personales que constituyen un rico caldo de cultivo para

ser observado a través del microscopio del psicoanalista. Me han recomendado ser más explícito y no esconder información valiosa, que sea más claro, directo y sencillo. En lugar de hacerles caso prefiero lo indirecto y sugestivo.

Atrás del balance y la armonía de un texto bien logrado hay batallas interminables entre los opuestos y las contradicciones. Pretender definir relaciones y ordenar regularidades son pretextos de existencia transitoria porque todo fluye y cambia. Nunca se terminan los documentos, simplemente se deja de trabajar en ellos. Eso me pasa en cualquier lugar y en cualquier momento.

La señal de arranque llegó un día en que salíamos de un museo y colocaste tu mano en mi brazo. Temblaba, sería por el miedo de volver a enamorarme. En lógica respuesta cerramos un circuito para formar una especie de transductor emocional por el cual circuló una corriente que produjo sentimientos y emociones.

Si es invierno, un buen momento y lugar para escribirte es cerca de una chimenea con fuego y si es verano prefiero la sombra de un árbol. Sin embargo, si el viento pasa despertando recuerdos y olores de tierra mojada, pensaré en el patio recién regado de la casa de mis padres en Tacubaya, donde brotaba la sencilla belleza de la vida familiar.

Escribirte es explorar y entender la vida con simpatía para poder elaborar y condimentar metáforas y mentiforas, esos sofismas engañosos con caras de verdad. Es empezar a entender cómo las palabras se asocian con presencias que se desvanecen cuando tratamos de correr las cortinas para descubrir con quién platicamos al hablar a solas.

Me hablo a mí mismo, pero pienso en ti. Podrás ser diferente y estar distante, pero sé que eres afín y me comprendes.

Leer para escribir

Quiero aventar a los cuatro vientos mis inquietudes literarias, pero antes de escribir necesito leer; leer mucho para sentir y pensar. Tal vez por eso quiera convertirme en vendedor de elixires amorosos envueltos en compasión franciscana por todas las criaturas del dios nuestro señor.

Ignoro a dónde conduce la nave en la cual viajo cuando leo y cuando escribo; lleva en la proa emociones candentes, en la popa visiones inquietas, a babor ensueños interesantes y a estribor algunas reflexiones sugestivas. Sin embargo, como diría Fellini: “y la nave va”.

Independientemente de la capacidad de flotación que tenga mi nave, cualquier lector puede tirarse un clavado y escapar cuando algo le disguste o resulte incomprensible. Le bastará con dejar de leer. Pero yo no puedo detenerme aunque se hayan cansado mis dedos de teclear y mi corazón de sentir. Además, tengo mucho que leer antes de empezar a escribir.

Algunas de mis lecturas tardan mucho tiempo en germinar, porque el subconsciente debe procesarlas. Otras me visitan cuando menos las espero. Como ahora, cuando recuerdo la historia del pescador en *El viejo y el mar* de Hemingway.

El viejo pescador se enfrentó a una triple batalla: contra el pez que trató de escapar, contra el mar que pretendía hundir pescador y pescado y contra los tiburones que se comieron todo. Siento que, como ese viejo, llegaré al puerto de mis relatos escritos con el cuerpo herido, agotado por el esfuerzo físico y emocional, pero con el alma enriquecida.

Escribir libera, pero no basta. Para empezar, hay que leer y vivir mucha poesía, como la que brota del Golestan o Gulistán de Saadi (el *Jardín de las rosas*). Entonces, podré dedicarme a escribir acerca de las rosas y si me excomulgan por no “dar el ancho”, tal vez puedan ocuparme como jardinero. Pero si fracaso al plantar y cuidar de las flores del alma, entonces la sentencia será doble, como escritor sin imaginación y jardinero sin habilidades.

Hablando de sentencias, recuerdo lo que ocurrió a un pintor chino y a su ayudante en un cuento de Marguerite Yourcenar. El artista había realizado unos maravillosos cuadros para el emperador, pero

éste lo sentenció a morir si no mejoraba su obra, planteándole condiciones cada vez más difíciles de satisfacer. En su desesperación, el pintor preparó un nuevo cuadro donde metió a dos hombres en una balsa y los hizo desaparecer a lo lejos en medio del río.

Aquel pintor supo contextualizar su trabajo. Se planteó una situación problematizadora: tengo que salvar mi vida y la de mi ayudante. Formuló dos preguntas generadoras: ¿qué debo pintar que nos permita escapar de la sentencia del emperador?, y ¿cómo huir aprovechando mi arte? Finalmente decidió actuar: pintó una balsa, se metieron en ella y escaparon.

La triple moraleja de estas referencias a tres de mis lecturas es la siguiente: de acuerdo con el viejo pescador, en todo combate es más importante el proceso que el producto; según el poeta sufi, en todo jardín siempre hay rosas, y como el pintor chino, para evitar sentencias fatales hay que pintarse a sí mismo y a su ayudante, meterse en una balsa y alejarse en el río.

No trato de rescatar manuscritos enterrados en las cuevas de un Mar Muerto, sino de compartir las olas mensajeras de un océano vivo. Cuando escribo, lo hago bajo la droga del apasionamiento, pero evito deseos de posesión o de permanencia. Quiero proponer opciones para la memoria que puedan recordarse después de que mis átomos se hayan hermanado con los tuyos.

Estarás de acuerdo en que escritores y lectores crean sus propios universos y condimentan a su manera lo que unos producen y otros consumen. Se mueven en complicados escenarios que contienen un número infinito de eso que Jorge Luis Borges llamó “los senderos que se bifurcan”.

Ante los retos que implican leer y escribir, abre la ventana de la imaginación. Si te agradan las aventuras literarias, siente y vuela. Atrévete a inventar lo inexistente y a descubrir lo insondable. Crecerás en el intento.

Si me preguntas el para qué de mis ejercicios de lecto-escritura, tendré que explicarte por qué el fuego nunca descansa; no se extingue, se va a otra parte. Con cuidado y control el fuego calienta e

ilumina, en lugar de quemar y calcinar. Es combustión que puede conservar o destruir la vida. El combustible del amor es el responsable de mis transiciones de lector a escritor.

Mi naufragio literario

Resulta que cuando trataba de escapar de mi propia realidad, unos ladrones robaron mis tesoros literarios: herencias, fabricaciones propias o copias descaradas. Lo poco que pude rescatar lo guardé en un costal y escapé en una barca, pero en altamar se desató una tormenta y una gran ola volteó mi barca. Al sentir que me ahogaba abandoné mis tesoros. Días después aparecí tirado en una playa. Ésta es una versión apresurada de mi naufragio literario.

Desperté mojado, golpeado y hambriento; me refugié en la cueva de mis recuerdos y empecé a limpiar y pegar las vasijas donde se quedaron atrapadas mis vivencias. Encontré mucha ceniza en los rostros calcinados de mis palabras heridas y olvidadas. Lo que fueron discursos amorosos que provocaron desvelos, ahora eran lágrimas y suspiros.

Unos pedazos de tela habían sido rebozos de seda bajo los cuales se cobijaron cálidas sonrisas. Algunas piedras amontonadas eran los restos informes de una escultura que solía contemplar con embeleso porque representaba la eterna belleza femenina, pero los reacomodos de la tierra imprimieron en ella los mensajes de un tiempo sin fronteras, terco en demostrar su carácter irreversible.

Para reanimarme ante la necesidad de encontrar mis tesoros perdidos, decidí luchar de manera pragmática contra los fantasmas que yo mismo he creado: los tigres de mis complejos, los lobos de mis codicias, los leones de mis defectos. Antes de que mis propios fantasmas atormenten a cualquier lector, me queda la posibilidad de una revancha, tranquilamente colgarme del árbol de los remordimientos, ponerle punto final a lo que escribo, amarrar el nudo y pegar el brinco. Así les ahorraré el trabajito a los verdugos de la crítica literaria, quienes podrán sentenciarme a la pena capital con la cual condenan a todo escritor mediocre: casi nadie leerá lo que publique.

Las aves de rapiña, que abundan en toda actividad humana, gozarán despedazando todos mis intentos de comunicación escrita. Caerán sobre mí los diccionarios y sus definiciones, así como las gramáticas con sus reglas. Tampoco faltarán los manuales de sinónimos y antónimos, los tratados de estilo, las historias comparadas, los compendios de estética y los estudios hermenéuticos de interpretación filosófica. Por si esto fuera poco, ahí están las enciclopedias.

El viento entonará su réquiem ante mis restos literarios y mi cadáver encuadernado en rústica se desintegrará lentamente. ¿Servirán de algo las estrategias de los manuales para transformar la forma de pensar de mis lectores?

Para recuperarme emocionalmente de ese naufragio literario, me has sugerido, que vuelva a dejarme atrapar por la alegría de vivir, que encienda de nuevo la lámpara del amor y persista en la tarea de enfrentarme al futuro, aunque éste no sea pluscuanyperfecto. Pasado el susto de mi naufragio literario me dediqué a construir castillos donde habitan los tejedores de redes luminosas.

Los castillos que existen en la imaginación desafían cualquier conocimiento de resistencia de materiales y diseño arquitectónico; están a prueba de los temblores del pesimismo y la tacañería. Se hace tarde para amar y ser amados.

Bazar Zuleima

La vida no se detiene. Para defenderme de ese fatídico destino vuelo a otras regiones cuando me recuesto en una alfombra y dejo que mis emociones vuelen.

Me agrada la simetría casi perfecta de esa alfombra; pequeñas irregularidades indican que está hecha a mano y no a partir de un diseño computarizado. Contiene flores y arreglos vegetales, así como unas grecas geométricas que dan realce a una estrella central. Me gustaría que

así floreciera la vida, pese a la insistencia de los gusanos, las cenizas y el olvido. Contemplar esos motivos me lleva a viajar y a recordar un collar que compré en un bazar.

Llegué al Bazar de Zuleima con una piedra que llevaba en mi morral. La dueña de esa tienda era una bella mujer de mediana estatura, un tanto entrada en años, pero todavía con frescura en la piel y en la mirada. Como cazador de almas para sintonizar, busqué en sus ojos.

Di algunas vueltas para ver sin mirar. Me acerqué a Zuleima para preguntarle algunos precios. Después, dudando y a la vez con prisa, saqué de mi morral una piedra con un dibujo y se la mostré con la ilusión de que me la comprara. Encontré tirada esa piedra en el patio de una antigua iglesia.

Le pregunté a Zuleima si le interesaba mi hallazgo y ella, luego de sopesar la piedra con la mano derecha, la cubrió con la izquierda como si se tratara de un pajarito herido. Acarició la piedra y se la puso en la mejilla, la miró frente a una ventana y me susurró casi en secreto: “Mira cómo vibra con la luz el alma de la piedra. Yo que tú, la guardaría. Atrévete a descubrir su historia”.

Me llevó a un lugar más iluminado y me hizo ver tonos de distintos colores, según fuera el trasfondo contra el cual colocaba la piedra y la dirección de los rayos incidentes. Ella miraba embelesada mi piedra, haciéndola girar lentamente, como si fuera a descubrir la combinación de una caja fuerte. Sus labios dibujaban una sonrisa misteriosa y cálida; parecía compartir secretos. La resonancia emocional se presente, es una vibración que te acaricia.

¿Te imaginas mi sorpresa? Para mí esa piedra contenía un dibujo medio mal hecho: un árbol, una cascada y una ruta hacia una casa lejana. Para ella, la piedra era un delicado instrumento para descubrir sentimientos. Yo quería deshacerme de ese objeto, ella me revelaba su función más valiosa. La piedra era la misma; la forma de tocarla y hasta de hablarle eran totalmente diferentes. Yo me había limitado a mirar en su superficie, ella llegó hasta su alma, más allá de su estructura.

La ternura transpira en todo lo romántico, da vida a lo sentimental y lo fantasioso, se desborda por compartir. Sólo pido para ti la luz inmensa de las estrellas, la suave brisa de la floresta y un nido azul de felicidad. Estoy consciente de que ninguna estrella se salvará de su extinción, de que no siempre la brisa es refrescante, los nidos rara vez son azules ni necesariamente la felicidad empolla en ellos. Sin embargo, nada me impide desearte luz, brisa y felicidad.

Hemos hecho el compromiso de acompañarnos y apoyarnos, minimizar perturbaciones e interferencias; hacer templos de nuestras vidas, no ruinas de nuestras ilusiones. Así lo sentí en el Bazar Zuleima.

Cuando el que vende compra

Cuando volví de mi asombro, Zuleima buscaba en un cajón. Al poco tiempo regresó sonriente con un pequeño collar de piedritas. Abrió mi mano derecha, con lentitud arrastró el collar sobre mi palma y agregó: “Tú no escuchas las piedras, ellas te escuchan”.

Me inquieté, mi cuerpo vibraba. La magia de mi encuentro con Zuleima me hizo sentir de otra manera. Durante el tiempo en que guardé entre mis manos ese collar, pude observar todo lo que me rodeaba. Había olvidado que todo objeto tiene propiedades que, en principio, son las mismas para cualquier observador. Sin embargo, la forma de representar e interpretar esas propiedades puede depender de quién y cómo las observa.

En el Bazar Zuleima la luz hacía más bella la vida, revelando sortilegios y nostalgias escondidas. Un suave fluir de presencias gratas invitaba a rastrear rincones y a empujar la mirada por paredes y ventanas. Ahí encontré velas, lámparas, estatuillas de dioses, espejitos, atrapa sueños, cuarzos y otras piedras. Era un desorden suficientemente organizado, limpio y un poco húmedo. Una especie de cueva de Alí Babá donde todos podían entrar y llevarse algo, sintiéndose enriquecidos; ni agredidos ni robados.

Varias personas navegaban solitarias y algunas parejas cuchicheaban compartiendo sus descubrimientos. Cada quien buscaba conectar

con objetos conocidos, como el parecido al que había pertenecido a su abuela o aquel semejante a un regalo que guardaba su madre en el ropero. Simplemente eran estímulos para curiosear y presentir dónde se queda atrapado el amor cuando los amantes ya se han ido.

Los visitantes tomaban las cosas, las miraban y las volvían a dejar. Aunque no se conocieran, se las mostraban unos a otros, como cómplices del mismo delito: rescatar un pasado y sonreír al futuro. Mientras tanto, yo seguía con el collar en la mano, acariciándolo como algo propio, alegrándome de su compañía.

Zuleima ofrecía objetos sin utilidad práctica en su mayoría. Aparentemente se trataba de una transacción comercial como cualquier otra, dinero a cambio de mercancías, viejas por su edad o raras por su aspecto. En ese bazar compartíamos el sentimiento de pertenecer a una hermandad secreta para la promoción voluntaria del júbilo interior.

No entendí lo que me había pasado. Como bien sabes, no suelo frecuentar bazares: suponía que era perder el tiempo. Ahora pienso que es perderse en el tiempo y redescubrir dónde retoñan recuerdos hermosos. Mi aritmética funcionó en dos niveles. En el nivel exterior estaba en déficit pues había llegado con la intención de vender una piedra y salí comprando un collar. En el nivel interior me sentía todo un inversionista de primera porque a cambio de unas monedas había comprado algo de felicidad.

Ocurre que en el alma se producen roturas y desgarramientos; quedan cicatrices. Para esos males, los doctores recomiendan tomar diariamente una cápsula de meditación y una cucharadita de contemplación. Concentrarse en dos universos paralelos, el interior de las emociones y las reflexiones y el exterior de los objetos y las circunstancias. Seguiré comprando collares en lugar de vender piedras.



IV. CONSECUENCIAS BIOFÍLICAS

Amor que se renueva

Al nacer ya empezamos a morir

Existencia, unicidad y convergencia

La muerte del abuelo

Las arañas y mi muerte

Vibraciones impresionistas

Amor que se renueva

Los frutos tienen bonitas formas y agradables colores, olores y sabores. Algunos hambrientos quieren comérselos rápidamente, otros queremos saborearlos, sin violentar su madurez. Así debemos degustar la vida y evolucionar dentro de nosotros hacia el mundo, no al revés.

Tenemos el compromiso moral de desparramar nuestros frutos existenciales con democrática simetría esférica para permitir el cumplimiento leal de nuestras obligaciones, en sintonía con la satisfacción honesta de nuestros derechos.

En relación con la fruticultura del alma, tengo regiones descuidadas. Unos sucesos pasan y se absorben, otros abren huecos profundos y dejan cicatrices internas. Eso ocurrirá muchas veces antes de que me alcance la muerte y mi vida deje de ser proceso creador.

No somos rocas fijas, somos caudales de agua en movimiento en ciclos de transformaciones que mojan y lavan. Ese líquido se evaporará y condensará para luego volver a besar la tierra donde algún día dormitarán mis cenizas.

Tengamos un momento de piedad para los que mueren con ansiedad en la mirada, para quienes hicieron el último intento de estrechar esa mano que no llegó a tiempo. Pensemos también en quienes quedan y sufren esas pérdidas. ¿Quién mitigará el sufrimiento de los que padecen hambre, frío, dolor, soledad o miseria?

Estamos y tenemos que luchar solos, pero no en la soledad. Mientras sigamos vivos, podemos apoyarnos y

minimizar perturbaciones e interferencias, hacer templos de nuestras vidas y no ruinas de nuestras ilusiones. Todos vamos a parar al mismo océano, aunque nunca dos gotas sean iguales. Integramos corrientes vitales de amor que se renueva.

Antes del desenlace final, compartamos el regalo luminoso de las estrellas. Mi sangre será tu savia y mi aliento será el rocío con que te arrulle al amanecer. Expresemos agradecimiento por la oportunidad que hemos tenido de existir juntos el instante de un suspiro.

Deseo que cuando para mí todo en este mundo se acabe, pueda mirarte con la convicción de que nada de lo vivido fue en vano, porque nutrimos de sinceridad la búsqueda y la entrega. Somos andariegoos conscientes de nuestra materialidad finita. El fin de la vida es el fin de la vida.

Al nacer ya empezamos a morir

El Sol se recuesta del otro lado del camino y el viento deja un rastro de voces encantadas. Unos espacios cierran sus puertas y otros propician posibilidades para tejer emociones y sentimientos.

En los cuartos donde invernan los alquimistas de almas, habitan presencias que son flores al amanecer y ríos al atardecer. Son los escenarios donde la poesía y la filosofía tienden puentes, donde la destilación fraccionada produce bálsamos para aliviar el cansancio de los caminantes.

Pretender ser alquimistas y destilar escritos en retortas y matraces literarios nos hace vulnerables, pero seguimos buscando inexistentes piedras filosofales. Todo ello porque pretendemos producir la gran obra negra de las almas gemelas que se comunican y entienden.

La comprensión de las transformaciones trascendentes, como las que transmutan en oro puro los metales llamados viles, la adquirían los alquimistas después de toda una vida de estudios y experimentos.

Lo mismo necesitan los alquimistas del alma, que no son herreros que forjan espadas o escudos, construyen puentes interiores. La geometría de sus vigas entrelazadas nos habla de fatigas y fracturas, las que se dan en nuestro interior a lo largo de la vida.

Los alquimistas del alma han tenido experiencias similares a las de un violinista creador de fantasías resquebrajadas que existió en la primera mitad del siglo pasado. Mediante la depuración de sonidos, el buen músico aquel soñaba con curar las almas dolientes. Amaba y practicaba la música como alquimia emocional. Cuentan que su vida y su música quedaron sueltas e inacabadas. Dijeron los árbitros que eso era porque al violinista le faltó cordura, sentido práctico, excelencia profesional y eficiente agresividad competitiva.

Si hacemos presión en una burbuja perdemos su rostro y su rastro. Tratamos de atraparlas para averiguar sus propiedades, pero inmediatamente dejamos de percibir su esfericidad inquieta y juguetona. Por querer capturar esos milagros de la tensión superficial nos quedamos con las manos vacías. Es mejor sentirlas libres y contemplar cómo danzan y desaparecen; mirar el hecho feliz de que cualquier rayo de luz que las atraviesa nos regala con los colores del arcoíris.

Quisiera poder integrar las funciones y pasiones de alquimistas, violinistas y hacedores de burbujas. Asimilar y acomodar hechos en modelos descriptivos y teorías explicativas, sin enfrentar sentimientos contra pensamientos y sin aventurar juicios prematuros ni enredarse en presuposiciones infundadas. Cuestionar e indagar para encontrar y aceptar el sentido y el significado de lo inevitable: nacer, crecer, multiplicarse y morir.

Concédeme el milagro de recoger de mi pecho este viejo cántaro agrietado y medio vacío. Contenía sangre y vida, pero el tiempo las secó. Tal vez en las alturas, donde el aire es más puro y despiertan de su sopor las nubes, podrá llenarse con las caricias de la aurora. Cuando ese cántaro se llene de alegría, me transformaré en antorcha y se incendiará mi existencia. Así se cumplirá el mandato cósmico de que al nacer empezamos a morir.

Existencia, unicidad y convergencia

La triple dimensión emocional que me ocupa y preocupa comprende tres tipos de amores: el físico, el intelectual y el espiritual. En esas regiones padezco problemas de existencia, unicidad y convergencia.

Mis problemas de existencia tienen que ver con el amor físico. Es el terreno de las hormonas, las formas y los olores. Ahí me pierdo, estoy a un paso del tamaño de una delta de demostrarme a mí mismo que ya no existo. Soy una chispa del fuego primigenio, pero acabo de tragarme al universo entero. Tengo hambre de infinitos.

Mis problemas de unicidad se asocian con el amor intelectual donde se confrontan y enriquecen formas de sentir y ver la vida. El amor entre los seres humanos crece y madura cuando se comparte con honestidad y respeto mutuo. Requerimos vencer el desgaste de lo cotidiano, renovarnos y buscar los mejores horizontes. En los dominios intelectuales aparecen las funciones multivaluadas que oscurecen situaciones y alteran circunstancias. El problema de la unicidad se debe a que cada quien obtiene valores diferentes.

Mis problemas de convergencia están conectados con el amor espiritual donde pretendemos alcanzar la serenidad que va más allá de todo entendimiento. Tengo problemas que oscurecen el proceso de convergencia hacia lo que llaman paz espiritual, amor cósmico, liberación, salvación, visión...

Somos alimento que viene de la tierra y a ella ha de volver; vivamos este instante con plenitud e intensidad. Con los cuerpos hermanados y los ojos entrecerrados, los labios vibrantes tejerán los hilos tenues de nuestros besos hambrientos, mientras en el cielo caminan sedientos los amorosos. Atrevernó a desafiar al tiempo y a reinterpretar la historia.

Mis cenizas se convertirán en semillas de las cuales brotarán recuerdos. Mis obras y palabras serán testimonio de existencia, unicidad y convergencia. Sin embargo, como aprendices que hemos cultivado el arte de vivir, necesitaremos hacer congruentes las visiones y misiones

que nos hacen ser nos-otros. Tal vez así nos aproximaremos a la hermosa y valiosa secuencia socrática en que el conocimiento lleva a la virtud y ésta genera felicidad.

La muerte del abuelo

La muerte duele. Cuando murió mi abuelo materno tuve mi primer encuentro directo con humanos que trafican con la muerte. En aquel momento sentí que un médico había prostituido su labor de curar enfermos y con afán de ofidio devoraba el dinero puesto en sus fauces. No le interesaba curar, sólo cobrar; tener casos clínicos qué mostrar.

El trato que dieron al montón de huesos y piel sin corazón latiente, que aventaron en un cajón para luego echarle tierra y lodo, llevaba una carga de fastidio y de indiferencia para uno más que caía rendido. Debe ser aburrido enterrar a los muertos.

Puesta la sotana y listos los aditamentos, aquel autómatas empezó a actuar; sus manos trazaban mecánicamente la bendición al hermano que partía, pero disimulaban el signo de pesos y centavos. Quería acabar y pronto; atrás había más clientes esperando turno.

La misma naturaleza lloraba en la lluvia, y el Sol, ocultando su tristeza entre las nubes, se negaba a salir. Con el tiempo esas fosas se llenarán de polvo; se borrarán las letras y adentro proseguirá la descomposición de los elementos.

La última vez que vi a mi abuelo, ya no miraba. A cada instante se alejaba más de eso que llamamos vida. Tendió su mano y apretó la mía con una fuerza indicadora del próximo final. Sentí que por sus venas corría hielo. Su rostro era la demostración de un gran esfuerzo por subsistir. Esperaba paciente su hora.

Tiempo después visité la tumba de mi abuelo; ahí encontré un clavel al cual le dije: Junto a su cama y con su aliento has florecido, en su boca seca y en sus venas has cobrado vida para recordar a un hombre justo y bueno. Polvo y ceniza te han dado vida y llevas en tu cáliz el rojo de su sangre y la fuerza de su ejemplo. Clavel de tumba, alegra el camino de un viajero más que se ha subido al tren del olvido.

Para ser fuente de vida el Sol necesita quemarse lentamente en su muerte termonuclear. La vida es un cristal con propiedades estructurales propias: son sonrisas en la infancia, preguntas en la adolescencia, sueños en la juventud, obras en la edad adulta y recuerdos en la ancianidad. Cuando en los cristales aparecen grietas y fisuras se acaban las estructuras. Somos átomos antes y después.

La vida es un fenómeno irreversible y no funciona como las computadoras que guardan lo que tiras a la basura, pero nos dan la oportunidad de rescatarlo. Si te vas de la vida no hay regreso posible porque nadie vuelve de ese viaje impostergable. Ni tú, ni yo, ni nadie.

Sentí frío al pensar que algún día mi ausencia será definitiva. Estoy triste y recuerdo una canción “la luna está fría porque dio su sangre a las estrellas”, y “la vida es triste si no la vivimos como una ilusión”.

Cada primavera renaceré en todo lo viviente. Comprenderás al Sol de manera diferente. Sentirás sus vibraciones para recordar que fuimos semejantes y sus polaridades para saber que ahora somos diferentes. Lenta pero indefectiblemente todos empezarán a olvidarme, pero yo recordaré el sabor de tus labios y la ternura de tus ojos. Tampoco podré arrancar sufrimientos de tu alma. Será una onda dispersa perdida entre infinitos.

Las arañas y mi muerte

Las telarañas son los trapecios donde se columpian insectos atrapados. Cuando se secan sirven de alimento a las arañas. En ese espacio se renuevan instrucciones para atrapar, matar y comer. Mientras esa arquitectura reticular funciona como prisión mortal, la hechicera desaparece de la escena.

Una red es “un conjunto de intersticios reticulados”. ¿Por qué no hay redes para aprisionar el agua, detener al viento o atrapar al sol?

¿Cómo se tejen las redes de nuestros destinos? Quiero ser tejedor de redes luminosas.

Deseo conocer mis probabilidades de ganar en esa competencia existencial contra las arañas. Veamos algunas posibilidades:

- Construir telarañas y devorar a todo insecto que se me aproxime; es decir, en tanto araña, vivir de lo que atrapo, de la vida que le quito a los demás.
- Hacer de mosca o cochinilla y servir de alimento, para que luego las arañas abandonen mis desechos.
- Llegar con el insecticida, la escoba y el recogedor, borrar de un apretón de tecla todo lo hasta ahora escrito, que como yo mismo, es finito y transitorio.

En toda comunicación escrita, terminado el espacio se acaba el tiempo. Llegará el instante en que eso mismo ocurra con nuestras existencias arácnidas y las que han hecho posible estas comunicaciones.

Antes de que la vida me borre de su lista de presentes, redescubriré nuevos horizontes. Pero llegará el día en que mis manos ya no tendrán fuerzas para seguir unidas a las tuyas; caerán con fatalidad de guillotina y dejarán de oscilar como péndulos amortiguados.

En el instante del gran salto, en mi pecho resonará tu nombre. El silencio doloroso de las horas finales tendrá la intensidad de la flama antes de extinguirse y se entreabra la puerta que deja pasar el sople frío de la rigidez mortuoria.

Después ya no podré leer tu nombre, seré incapaz de descifrarlo porque latidos y aliento se habrán dispersado en una nebulosidad aniquiladora. Será el principio del decaimiento exponencial hacia la desintegración, el preámbulo de un cambio de frecuencias. Mi cuerpo volverá a ser raíz, tronco, ramas, hojas, flores, frutos, ...

Vibraciones impresionistas

Me referiré ahora a los impresionistas y lo que representan. Para ver bien esos cuadros necesitamos alejarnos, distanciarnos de lugares, gentes y experiencias; de lo contrario sólo veremos puntos y brochazos. Cierta distancia da profundidad a la percepción y claridad a la comprensión.

En toda obra pictórica los colores y las formas son los que el pintor ve y expresa, no necesariamente lo que presenta la naturaleza. La selección del artista atrapa y transforma lo que siente y propone. Toda obra pictórica hace referencia a los fantasmas que anidan en cosas, seres y procesos.

No es la precisa descripción de las esencias, es la visión creativa y sensual de sillas, camas, floreros, iglesias, calles, mujeres con flores en el pelo, estanques con lirios... En la vida, como en la pintura, es importante lo que aparece y lo que sugiere.

Los actores que danzan y juegan en geométricos escenarios de luces y sombras, como en los dibujos de Escher, son aves, peces, caballos alados, duendecillos narigones, salamandras, escarabajos, ángeles, demonios, la mano que se dibuja a sí misma, el ojo que mirando se mira en la pupila, el cosmos ascendente mordiéndose la cola...

La vida transcurre entre dos cambios bruscos: el nacimiento que está lleno de promesas y posibilidades en estado latente y la muerte que nos enseña con dolor en qué nos convertimos cuando todo deja de tener vigencia. Mientras tanto, sentimos dos presencias, la de las vivencias añoradas que se han ido y la de las premoniciones soñadas que todavía no llegan.

Conviene construir nuestros cuadros existenciales a la manera de los impresionistas. El sentido de la perspectiva es más que una astucia geométrica para darnos la ilusión de un juego bidimensional donde Eros pinta y Tánatos borra.

Nuestra manera de explorar y expresar lo que somos es una búsqueda de vibraciones impresionistas en lo personal y en lo social. Ahí tienen sentido y se explican la libertad que nos hermana y la inquietud que nos orienta.

Quiero trabajar cerámicas encantadas para ponerlas a cocer en el horno de mi pasión amorosa y después comunicarte de manera impresionista, descubrimientos de cuásares y de uno que otro agujero negro del cual nunca podremos escapar. Habrá que dejar que la materia dibuje líneas del universo de conformidad con las leyes de conservación, como ésa que dicta “nada se crea y nada se pierde, todo es amor que se transforma”.

Al morir será definitivo el desencuentro entre mi anhelo por vivir y la imposibilidad de hacerlo. Tengo fe en haber expresado algunas vibraciones impresionistas de nuestro amor biofilico.

Rabindranath Tagore dice que la fe es como un pájaro que canta porque siente que el Sol va a salir, aunque todavía esté oscuro.

Prolegómenos biofílicos

Primera edición 2024 (versión electrónica)

El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes